

# DE AUTÓMATAS, ROBOTS E INTELIGENCIAS ARTIFICIALES

NOTAS PARA QUE EL CUÑAO ESTOCÁSTICO NO NOS PARLOTEE

Edgar A. G. Encina

Es en el minuto 31 de *The best offer* que se produce la primera mención de Vaucanson. El filme, dirigido por Giuseppe Tomator en 2013, retrata la vida de Virgil Oldman, protagonizado por Geoffrey Rush, un experto crítico de arte y afamado subastador que es presa de un ardid en el que participaron media decena de individuos para robarle una invaluable colección de retratos femeninos. La historia de la cinta importa menos para las intenciones de estas líneas que la aparición del autómatas, figura mecánica que funciona por engranajes y sistema de cuerdas, como lo hacen los viejos relojes. Esta figura o elemento, según se le quiera ver, se muestra a lo largo de la historia como un objeto de interés científico, artístico y económico.

Jacques Vaucanson, que vivió en la Francia del siglo XVIII, construyó en 1737 *El flautista*, figura de un hombre en tamaño real que hacía tocar la flauta y el tambor, *El tamborilero* y *El pato*, que contenía aparato digestivo funcional. En la cinta refieren como «personaje» a su mayor creación el «androide» que le dio fama y fortuna, pues «movía la cabeza, se inclinaba y respondía» a preguntas que le hacía el público y pagaba por verle o escucharle contestar. Las escenas provocadas por esos seres mecanizados sin alma llevaron a interrogaciones y desconfianzas narradas en alucinantes crónicas por los diarios de la época. Es extraño y paradójico que no nos hayamos interesados por revisar filosófica e historiográficamente este tipo de eventos, sobre todo del siglo XIX que produjo invenciones como la electricidad, el telégrafo, el automóvil, el linotipo, la cámara fotográfica...

El salto es temporal y conceptual es peligroso, será la ciencia ficción del siglo XX que ponga los puntos sobre las íes. Por ejemplo, *Yo, robot* de Isaac Asimov en 1950 seguido por *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*, de Philip K. Dick en 1968, se plantean la posibilidad de que estos seres no-humanos puedan marcar evoluciones de raciocinio con niveles de conciencia para interactuar con los sí-humanos. En México la bibliografía literaria de máquinas vivientes —

si se me permite la expresión— es extensa, quizá las producciones más destacadas en tiempos recientes son: *La era de los clones* de Blanca Martínez (Ramón Llaca y Compañía, 1998) y *Los viajeros: 25 años de ciencia ficción en México* por Bernardo Fernández (GA editores, 2010).

Autómatas y robots o androides son los antecedentes de la Inteligencia Artificial de nuestro siglo. Los tres tienen su origen en el ingenio mecánico y su alimento sustancial en el germen del arte, que ha sido la otra inteligencia acompañante. Sin variación evolucionan. Los autómatas, dice el *Diccionario de la RAE*: son «Instrumento o aparato que encierra dentro de sí el mecanismo que le imprime determinados movimientos» y «Máquina que imita la figura y los movimientos de un ser animado». Los robots, por su parte, más allá del aspecto humanoide, tienen independencia de su creador-manipulador y, como en 1920 Karel Čapek lo expuso en *Rossumovi univerzální roboti* y más adelante perfeccionó Alan Turing, alcanzan mayores posibilidades de acción gracias a la mezcla de entendimientos computacionales y algorítmicos.

Fue en 1945 que John McCarthy, Claude Shannon y Marvin Minski acuñaron el término de Inteligencia Artificial, en el proyecto *Dartmouth Summer Research Project on Artificial Intelligence*. A partir de entonces se darán saltos hacia delante en las teorías y aplicaciones tecnológicas hasta el punto en que nos encontramos. La lectura histórica argumenta que todo es parte de una evolución, que los diarios *sensacionalizan* porque es su trabajo y la fórmula fácil de ventas. La lectura filológica asoma en la atribución de rasgos y características a una forma conceptual no-humana creada por el sí-humano. Los terrores continúan siendo los mismos, con la salvedad que la IA se ha mostrado algo libre con el lenguaje como un «cuñao estocástico», dice Julio Gonzalo, que encadena palabras por estadística. Estas invenciones continúan siendo imitaciones humanas a las que hay que darles cuerda, como al reloj del abuelo.

